

La faz de Jesucristo

John MacBeath, Londres, 1935

Marshall Morgan and Scott

Comprendemos mejor las grandes ideas cuando están expresadas en cosas sencillas y accesibles. La belleza es una abstracción hasta encontrar su expresión en una flor. La música es una fantasía hasta que las notas de un instrumento la dan voz. El arte es etéreo hasta incorporarse en escultura o cuadro. Las grandes cosas del pensamiento creado e increado se captan sólo cuando encuentran expresión en una forma fácil, inteligible y a menudo sustantiva.

¿Podemos describir alguna forma de expresión apropiada para encarnar la gloria de Dios? En la dispensación antigua los hombres se impresionaban por la magnitud y sentían el asombro de las vastas extensiones despobladas. La magnificencia de los cielos, la majestad de las montañas y el misterio del mar provocaban pensamientos solemnes y miedo inquietante. Cuando buscaban indicios y evidencias de la Deidad los hombres confesaban: “Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento la obra de sus manos”.

La gloria divina estaba revelada en la amplitud de tierra y cielo, la inmensidad del espacio inmensurable, los rayos dorados del sol, el brillo plateado de la luz, los cielos azules y el centelleo de las estrellas, velado por la neblina matutina y trazado por la trayectoria de las nubes algodonosas. Tan regulado es el movimiento de los cuerpos celestes en sus órbitas silenciosas que los hombres miden el tiempo por él y los marineros fijan su posición. Vienen y van en sus sazones señalados, “ninguna faltará”. Todas estas cosas manifiestan la grandeza y excelencia de la obra divina.

Los dulces cantores de Israel veían a Dios en todo. La brisa era su carroza; Él volaba sobre “las alas del viento”. Cuando las tempestades destrozaban el bosque, es la voz suya que “rompe los cedros”. El regocijo de la siega renovaba la gratitud; es su manera de coronar el año. Para ellos la tierra estaba llena del cielo y todo arbusto común ardía a Dios. “Estudie la naturaleza”, instó Kingsley, “pero no por la naturaleza en sí, sino como el rostro de Dios. Procure extraer de ella toda línea de belleza, toda asociación, toda reflexión moral, todo sentimiento inexpresable. ¡Adore a Dios!”

Nos sería imposible discernir cuánto del mérito que encontramos en la naturaleza debe ser atribuido al conocimiento de la vida y de Dios que hemos derivado de Cristo Jesús. Una investigación honesta pondría a descubierto que, aparte de la enseñanza de Cristo y su influencia sobre el pensamiento humano, encontraríamos que la naturaleza es un instructor muy deficiente. La naturaleza, sin Cristo, no ofrece una comunión inteligente e íntima con el Invisible. Nadie puede decir que conoce a un pintor simplemente porque admira sus obras; el hombre detrás el cuadro debe convertirse en una voz que escuchamos y un rostro que reconocemos. Si vamos a gozar de su enaltecida amistad, él tendrá que hacernos sentir el calor de la intimidad humana.

Y así, si bien los cielos declaran la gloria de Dios, la revelación que comunican es imperfecta e inadecuada para las necesidades de la vida cotidiana. Nuestra admiración de los cielos y nuestra apreciación de la naturaleza no nos enseñan lecciones de oración y sacrificio, pero el carácter de Dios queda revelado en Cristo Jesús.

En Cristo, la gloria de Dios se perfeccionó; fue expresada en términos de amor y voz. Se acercó a la vida del hombre, calurosa, dulce y tierna, levantando al ser humano a sí en afecto, pureza y paz. “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer”. Es la revelación perfecta, permanente y definitiva. La gloria fue

revelada en forma personal, en una personalidad viva y vibrante. Aquella personalidad era tan completa y tan perfecta que Jesús podía decir con toda la calma y dignidad de la verdad: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”.

La gloria de la gracia condescendiente se manifiesta en Cristo, pero la maravilla del advenimiento estaba en que no vino envuelto en nubes de gloria, ni como un rey con vara, corona y séquito magnífico. Se anonadó y vino en forma de siervo. El mundo era su calle y su tren procedió de entre los pobres.

La gloria de Dios brillaba en su manera de vivir. En todo el comienzo de su ministerio público le encontramos en una fiesta de bodas donde revela su poder para cambiar las cosas. La narración histórica comenta: “Este principio de señales hizo Jesús ... y manifestó su gloria”. La gloria había encontrado un nuevo punto de expresión, pero sería un error limitar la manifestación de gloria a ese milagro. Ella brilló sobre su vida entera y en torno de los incidentes comunes del quehacer diario.

La gloria de Dios en la faz de Jesucristo no se expresaba en un esplendor aislado, en una soledad poco conocida y en abstención de placeres sociales. El hombre que guarda silencio puede dar a suponer que es sabio, y el que se mantiene aislado del intercambio corriente y el agite de la vida puede arrojarse de un misterioso manto de piedad y recibir los honores de un santo. Pero Jesús no promocionaba esa apariencia de santidad, sino entraba en todas las relaciones conocidas de la vida así como son y en sus expresiones de intimidad y sencillez transparente. Se movía entre el pueblo y se ocupaba de lo suyo, sin protestar que estaba exento de los contratiempos, sin refractarse de la pretensión y la grandeza que abundan en el mundo. No es sólo que se comportaba incorrupto en medio de todo esto, sino que radiaba doquier en la vida cotidiana la gloria de Dios que santifica y les hacía a los hombres sentir la grandeza de la vida cuando Dios está en ella.

Su muerte y resurrección son expresiones adicionales de la gloria de Dios. Revelan la gloria de una misericordia y un amor que perdonan, la gloria de un gran sacrificio y una plena redención, la gloria de una inmortalidad perfeccionada. Jesús era para la humanidad un sacerdote de la gloria divina, cosa que vemos no tan sólo con sus ojos sino en sus ojos, su rostro, su carácter. En Él lo invisible se hizo visible, el silencio encontró voz, lo desconocido vivía y compartía con los hombres. Todo un mundo de progreso yace entre dos polos de expresión, que son: “Los cielos cuentan la gloria de Dios”, y: “La gloria de Dios en la faz de Jesucristo”. La primera señala grandeza; la postrera, gracia. La primera exhibe poder; la postrera, personalidad. La primera es material; la postrera, espiritual.

La gloria de Dios en la faz de Jesucristo exhibe una comunidad de naturaleza entre Dios y hombre. En el principio Dios hizo al hombre en su imagen – tan cercana es la grandeza al polvo nuestro, tan cerca Dios al hombre. Antes del comienzo de la era cristiana, mentes profundas como Plato sentían que el hombre había sido hecho por naturaleza para estar en una relación íntima con Dios. Pero Jesús reveló una iniciativa desde el otro lado; Él expresó el afán de Dios de estar en intimidad y transformar su mundo desde adentro.

Dios no es, entonces, un espectador de la tragedia del mundo, un observador inmovido de su tristeza, penuria y lucha, ni es un ocioso indiferente. No hay lejanía en Él, sino se deleita en el mundo hasta la última rosa del verano y la última golondrina a volar, y por encima de todo ama al hombre. El Antiguo Testamento celebra la gloria de la creación cuando alababan todas las estrellas del alba y se regocijaban todos los hijos de Dios. El Nuevo Testamento proclama la gloria de la redención de parte de Dios: “Habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente”. Es la música de un canto infinitamente mayor y más dulce.

La gloria de Dios en la faz de Jesucristo es la gloria de su entrada en nuestra naturaleza, su revelación de la potencialidad de la vida humana. Es en la redención y la dedicación de nuestra naturaleza a Dios que Él puede expresarse en la carne nuestra. Y aquella expresión no es la debilidad de Dios; es la gloria de Dios. Es lo más que Dios puede hacer, y revela lo más

que el hombre puede ser. Lo que Dios hizo en Jesús, Él desea hacer en usted y en mí. No está lejos de nosotros en distancia ni en afecto. Para Él, comunicarse no es un mensaje telefónico a través de leguas de espacio, sino una conversación en el aposento con la puerta cerrada. La comunión con Él no precisa de ningún sacerdocio intermediario. Dios vive en y acompaña al hombre espíritu humilde y vida entregada.

Es a esto que alude Pablo al decir: “Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”. El vaso es de barro, pero es el medio que Él emplea, como por la transparencia más sencilla, para hacer resplandecer su propia gloria.

Es una gran cosa conocer a una persona cuya vida ilustra algún gran principio o expresa un gran concepto. No nos damos cuenta de algunas verdades hasta que se nos señalen por el destacado mérito de una vida veraz. Hay virtudes que escapan nuestra atención hasta que sean reveladas en su alcance y variedad por alguien cuyo ejemplo y conducta las exhiben ante nuestros propios ojos. El servicio que necesitamos es la presencia entre nosotros de almas que hacen que Dios esté cerca y sea real. Es por la vida transfigurada de su pueblo que Dios desea hacer fácil para otros la fe en Él. El reino prevalecerá por la superioridad moral de sus ciudadanos y la Iglesia alumbrará al mundo por la gloria que emana a través de su pueblo. Son lámparas que arden de una llama santa. Su luz benigna conduce al extraviado a Dios y los hombres se levantan para bendecir su resplandor salvador.

Hay rostros en todas partes que representan ambición, pasión u orgullo. “Su faz, mi señor, es cual libro donde los hombres pueden leer cosas extrañas”, dijo la reina trágica de Shakespeare a su esposo. Hay rostros que expresan avaricia, prejuicio, culpa, vanidad e indulgencia, y hay aquellos que descubren una fuerza interna y lealtad, conciencia y coraje. En esto, los valores faciales son valores de la vida. La vida exterior y la interior proyectan un mismo mensaje y hablan con una misma voz.

La dedicación más sublime de cualquier vida es la de interpretar y expresar e ilustrar a Dios. La gloria de Dios en la faz de Jesucristo se reproduce en el carácter de hombres espirituales y revela propósito, simpatía, fuerza, fidelidad y amor. Hacen que otros se sientan que Dios está cerca en su vecindario mismo. “¿Qué hay en el rostro de Dante que está ausente en el de Goethe?” preguntó uno a su compañero cuando estaban admirando sendos bustos de mármol. “Lo divino”, fue la respuesta. La presencia o ausencia de Dios hace toda la diferencia entre una vida llena y una vacía. Para los fines de sus cuadros sagrados el pintor Mallais estudiaba los rostros de judíos en Londres en busca de los rasgos que quería proyectar. Para los fines de la gloria suya Dios no distingue. Cualquier vida le sirve.

La gloria de Dios en la faz de Jesucristo se ha reproducido a lo largo de los siglos en la faz, el alma y el carácter de aquellos que son discípulos suyos. Es la suprema distinción del evangelio que esta solemne dedicación esté al alcance de todo el pueblo de Dios. Cada vida en particular puede ser por sí una expresión de la gloria de Dios. “Nosotros todos mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.

Confíe en Él para hacer su obra. Haga frente a la gloria de noche y de día, en éxito y en tristeza, en placer y en dolor. Entregue su vida a su dominio. Si o hace, afirmo humildemente con base en la palabra del Señor que será cambiado en la misma imagen y la gloria de Dios encenderá otra luz que conducirá a hombres y mujeres a través del oscuro laberinto de la vida a las radiantes habitaciones de la eternidad.